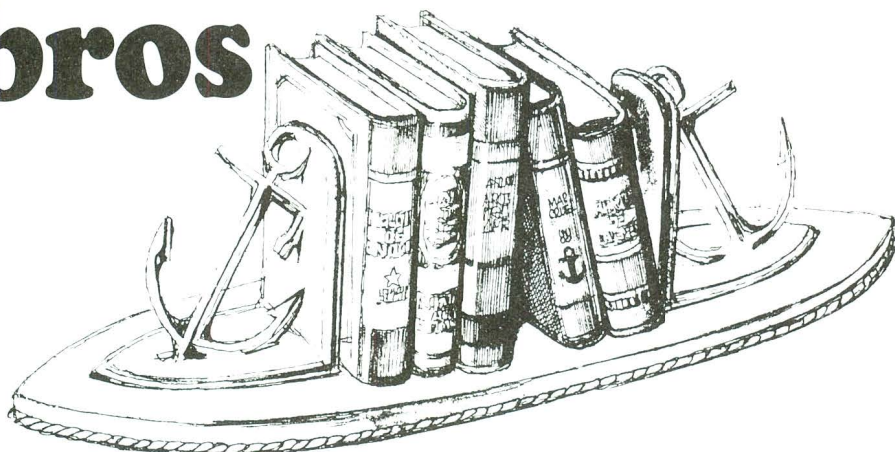


Libros



Comentarios — Presentaciones — Informaciones

I. COMENTARIOS*

EL CLIMA DE LA TRAICION (The Climate of Treason)

Andrew Boyle, Hutchison and Co., Londres, 1980, segunda edición.

En Mayo de 1951 el Servicio Secreto Británico sufrió un golpe demoledor. Uno de sus agentes de mayor confianza —encargado del enlace con la CIA en Washington y dotado de un salvoconducto que le permitía ingresar a las zonas restringidas de edificios oficiales en la capital norteamericana— y un funcionario diplomático de alto rango, también estacionado en ese momento en Washington, huyeron a la Unión Soviética en vísperas de ser interrogados por sus posibles relaciones con Moscú.

Eran Guy Burgess y Donald MacLean. Su fuga causó sensación en todo el mundo, desacreditó a los servicios de inteligencia de Londres, afectó a sus relaciones con la CIA y otras agencias de seguridad norteamericana —en forma tan adversa que nunca quedó enteramente reparada— y tuvo en duros aprietos al gobierno conservador de Harold MacMillan, quien, imprudentemente, se sintió impelido a defender en el Parlamento al Servicio Secreto y a sostener que “no había un tercer hombre” en el equipo de los traidores.

Para apreciar en toda su magnitud el desastre que tuvo el MI5, es necesario recordar la época. Corría la etapa inicial de la guerra de Corea, el *maccarthismo* era muy fuerte en Estados Unidos y una fuerte corriente antisoviética dominaba tanto en el Congreso como en el pueblo. Existía la creencia equivocada de un *secreto de la bomba atómica* que los rusos buscaban por medios ilícitos. Como dice un comentarista de la época: “la mayor parte de los norteamericanos miraban debajo de la cama cada noche para ver si no había allí un agente comunista”.

* N. de la D. Bajo este título se publica aquellos aportes de colaboradores eventuales que Revista de Marina recibe con mucho agrado y estimula consecuentemente, así como otros que sugiere a comentaristas amigos, para ilustrar a nuestros lectores sobre libros de especial interés.

En esas condiciones se comprobaba que dos hombres de confianza británicos eran agentes comunistas y que habían tenido a su alcance parte de ese *secreto* (que, por otra parte, no era una fórmula escrita en papel de seda, sino una serie de procedimientos de laboratorio que requerían, más que conocimientos, capacidad económica).

En enero de 1963 el desastre adquirió todavía mayores proporciones. Harold Philby, más conocido por su apodo de *Kim*, que había sido despedido del Servicio Secreto a raíz del escándalo anterior y reincorporado poco después, huyó del Líbano —donde estaba estacionado— a través de las montañas de Anatolia, llegó a Moscú y dio una conferencia de prensa jactándose de ser coronel de la KGB y de haber trabajado para ella desde la década del 30, cuando ingresó al Secret Service.

Todo esto es, hasta cierto punto, historia antigua. Se ha dicho muchas veces. El mérito de Andrew Boyle, el periodista-escritor que el año pasado causó sensación en Gran Bretaña con sus revelaciones, ha consistido en profundizar la investigación en busca de las causas que llevaron a Burgess, MacLean y Philby a traicionar a su patria. Al hacerlo, descubrió a un *cuarto* y un *quinto* hombre; el cuarto, sir Anthony Blunt, es un envejecido esteta que llegó a ser el encargado de la colección de pinturas de la Reina. No hay certeza sobre el nombre del quinto, aunque varios, por el solo hecho de haber hecho la acusación, se han anticipado a confesar complicidades insospechadas y graves.

El objeto de Boyle, sin embargo, no era poner en evidencia a Blunt, aunque haya saneado la Corte al hacerlo. Lo que él quería era descubrir por qué un grupo relativamente numeroso de jóvenes intelectuales, de situación acomodada y a veces próspera, pertenecientes a los círculos dominantes del país, pudieron convertirse en traidores.

Todos los nombrados fueron alumnos de Cambridge alrededor de 1930. Todos vivieron la crisis económica de Occidente en aquellos años —lo que torna al libro especialmente útil en momentos en que empieza otra, también devastadora— todos se movían en los clubes selectos, tenían acceso telefónico y personal a los más altos personajes de Whitehall. Eran miembros de lo que en Gran Bretaña se llama el círculo de la *old School Tie*, es decir, los que, por haber estudiado en un colegio determinado, tienen derecho a llevar toda la vida ciertos colores en su corbata.

Todos —esta es la clave— se hallaban protegidos por la convicción de que *un hombre venido de esta familia y formado en este colegio no puede ser malo*. Ello fue lo que impulsó a MacMillan a su inoportuna defensa, porque él también llevaba la misma corbata.

En 1930 y los años siguientes, esos jóvenes vivían entre las ruinas, aparentemente irreparables, de la civilización occidental, destruida por la crisis. Estaba claro que no funcionaba y era necesario buscar algo que la reemplazara. Lo encontraron en las páginas de los folletos marxistas. En la URSS existía una sociedad que, por no haber sido aún probada, podía sostener que estaba libre de las taras liberales.

Todo ello, más un vicio común que los unía y que era la homosexualidad (en ciertos casos la bisexualidad, porque Philby casó tres veces) conformó el clima de la traición. Ninguno recibió paga por sus servicios. Tampoco la necesitaban. Eran, si no ricos, por lo menos acomodados.

El libro de Andrew Boyle, que no parece haber llegado en castellano a Chile, se lee con facilidad y deja enseñanzas profundas. No hay entre nosotros círculos cerrados que usen la misma corbata, pero es verdad que resulta difícil desconfiar del amigo de toda la vida. La URSS ha perdido el atractivo virginal de sus primeros años y ahora se sabe con certeza que no es la

solución. La sociedad occidental ha adquirido un impulso que a veces parece excesivo, pero está entrando en un periodo de honda depresión.

Elementos parecidos dominaban el escenario de los años 30. Hoy en día, si no existe el canto de sirena del comunismo, desacreditado por completo en Europa, donde siempre encontró su ambiente más propicio, siguen existiendo las tendencias anárquicas, como las que genera el terrorismo, y que, sin aportar solución alguna, aseguran que todo está podrido y que hay que destruir desde las bases para empezar de nuevo.

José M. Navasal

II. PRESENTACIONES*

LA AVENTURA CHILENA DE DARWIN

Sergio Villalobos R.

Ed. Andrés Bello, Santiago, 1974, 103 págs., \$ 300.

Charles Darwin, cuando aun era un joven de veintiún años, inicia su viaje a través del mundo a bordo del bergantín *Beagle*, al término del cual publicó, en 1859, *El origen de las especies*. En lo expuesto en una obra posterior (1871), denominada *El origen del hombre*, ciertamente tuvo una importancia decisiva la visión que experimentó de los indios del Chile austral.

Llega a nuestro actual territorio a través del Canal de Beagle. A su paso por éste conoció a algunos de los habitantes de la Isla de Tierra del Fuego, que consideró era el pueblo más primitivo de la tierra; desde allí el buque se dirigió a Valparaíso, arribando el 23 de julio de 1834. Durante la permanencia en el puerto, el joven naturalista recorre el Valle Central y visita Santiago; vuelve enfermo a Valparaíso, permaneciendo postrado un mes. El barco regresa al sur y recorre el archipiélago de Chiloé; luego zarpa a Valdivia, donde experimentan lo que es un terremoto. Retornan a Valparaíso y en un viaje al Norte Chico Darwin va a los yacimientos mineros; conoce en ellos los métodos de explotación y la rudeza de las faenas de los pirquineros de la zona. Al comenzar 1835 abandona las costas chilenas con rumbo a El Callao.

Como resultado de su estada en nuestro país publica en Londres, en 1846, el primer estudio científico realizado sobre la corteza terrestre de Chile, y por ello se le considera como el iniciador de los estudios de geología de nuestro territorio.

La obra de Sergio Villalobos nos muestra un cuadro del ambiente, la vida y la naturaleza que en su permanencia en Chile conoce el científico inglés. Fue este viaje para él una experiencia inolvidable, plena de situaciones singulares que le permitieron, en su encuentro con el ambiente y con el hombre, desarrollar la teoría que causaría una revolución en los medios científicos y religiosos de la época.



*N. de la D. Corta reseña de algunas de las obras disponibles en el mercado de libros nacional, cuyos temas rondan o caen en el campo de las preferencias de nuestros lectores.